

CASAMAYOR MANCISIDOR, Sara: *La vejez femenina en la antigua Roma: cuerpos, roles y sentimientos* (Colección Deméter), Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo & Ediciones Trabe, 2019, 325 pp. [ISBN978-84-16343-84-3, Ediciones de la Universidad de Oviedo; 978-84-8053-978-4, Ediciones Trabe].

Otorgando el protagonismo a las mujeres como sujetos de estudio histórico, la autora del libro que aquí presentamos, Sara Casamayor Mancisidor, nos traslada a la antigua Roma y hace posible que nos adentremos en el universo de uno de los grupos de población femenina que menor atención ha recibido, el de las ancianas. En las páginas de su obra, no solo nos descubre la materialidad de su existencia. También nos permite intuir cómo se sintieron, y cómo fueron consideradas, las mujeres romanas durante la vejez, una dura etapa de la vida que ya fue percibida por los autores que entonces reflexionaron sobre ella «como una enfermedad en sí misma, que además era incurable» (p. 90).

Para delimitar con más precisión su objeto de estudio, plantearemos tres simples preguntas. ¿De qué ancianas se ocupa? Su objetivo, y uno de sus logros, es abarcarlas a todas, desde las más ricas y nobles, a las esclavas más miserables, pasando por las libertas y por las mujeres mayores que, aunque libres, eran pobres, sin que le frene el hecho de que las fuentes no informen de todas ellas, ni de la misma manera, ni con la misma intensidad. ¿Cómo las estudia? En ocasiones, se acerca a ellas desde una perspectiva individual, permitiéndonos conocer a esas ancianas, tanto míticas como reales, de cuyas

experiencias vitales ha quedado rastro en la documentación disponible. No obstante, predomina el tratamiento colectivo de la vejez femenina, lo que lleva a la autora a analizar las patologías propias de esa etapa del ciclo vital, los rasgos físicos de la senectud femenina, los roles socio-económicos y familiares que esas mujeres desempeñaron, así como los estereotipos que se elaboraron sobre ellas y que han sobrevivido, tanto en la literatura como en el arte. ¿Qué época abarca? Sara Casamayor no nos lo dice. Se limita a afirmar, como indica en el propio título de la obra, que va a ocuparse de la vejez femenina en la antigua Roma. Sí se delimita, cronológicamente, el periodo del que proceden las fuentes analizadas, que se extiende desde el siglo VIII a. C. al VII d. C. Lo destacan, tanto ella, como M.^a José Hidalgo de la Vega, que prologa el libro (pp. 7-10). Ahora bien, que se rastree la documentación de tantas centurias, no significa que la vejez femenina haya sido analizada durante tan dilatado espacio de tiempo. Hacerlo habría obligado a Sara Casamayor Mancisidor a considerar, cuanto menos, los cambios que se introdujeron en la valoración de las ancianas al imponerse el cristianismo, en el siglo IV, como la religión oficial del Estado. Si tales cambios no se abordan, es porque el estudio se centra en esa antigua Roma, que además era pagana, siendo sus épocas de mayor esplendor, las etapas republicana e imperial, las que más atraen la atención de la autora, por ser las que proporcionan el mayor volumen de información sobre el tema tratado.

En cuanto a la estructura de la obra, son siete los capítulos que, aunque sin numerar, conforman el grueso

del trabajo. En los tres primeros, que poseen un cierto carácter introductorio, se desarrollan las cuestiones preliminares ya expuestas, de forma sintética, en la «Introducción» propiamente dicha (pp. 15-18). Ahondando en la explicación de los motivos que le han llevado a elegir a las ancianas romanas como objeto de estudio, Sara Casamayor Mancisidor, en el primero de esos capítulos, «La vejez femenina en la historiografía sobre la Antigüedad» (pp. 19-25), repasa los trabajos que, a partir de los años 70 del siglo pasado, empezaron a ocuparse de la senectud a lo largo de la Historia, demostrando que la mayoría de ellos son de autoría francesa o anglosajona y que se centran, predominantemente, en las experiencias masculinas. Es, por lo tanto, escasa y, con frecuencia marginal, la atención que han recibido las mujeres mayores en general, y en concreto, las protagonistas de su libro, en los estudios históricos, particularmente en los escritos en lengua castellana, razones que, por sí solas, ya justifican su elección temática. También es limitada su visibilidad en las fuentes de la época, uno de los motivos por los que las ancianas han sido descuidadas, incluso en los estudios de género. Al estar incapacitadas para cumplir con la principal función que se asignaba en Roma a la mujer, procrear, y al haber dejado de resultar atractivas, los autores antiguos apenas les prestan atención. No abundan, pues, los datos sobre ellas y esta realidad ha obligado a la autora a bucear en fuentes literarias, epigráficas, iconográficas, e incluso óseas, en busca de información. Nos las presenta en el capítulo que titula «Fuentes empleadas» (pp. 27-39) y concluye esta primera parte de su obra con el

apartado «Estudiar la vejez. Aspectos introductorios» (pp. 41-51), en el que precisa cuál es el enfoque dado a su investigación. Aclara que ha tenido en cuenta las cuatro dimensiones, cronológica, física, psicológica y social, que deben tomarse en consideración para entender qué es, en realidad, la senectud, sin descuidar observar cómo el género, es decir, el mero hecho de ser mujer, incrementa la discriminación social que acarrea el llegar a la vejez. Además, tras desvelar cuáles eran los vocablos con los que se designaba a las mujeres de edad avanzada en la antigua Roma, se decanta por emplear el término *vetula* para referirse a ellas, por ser el que se utilizó, con mayor frecuencia, en época imperial.

Con el siguiente capítulo, «Las *vetulae* y el ciclo vital» (pp. 53-83), el cuarto según nuestra numeración, arranca ya la investigación propiamente dicha. La autora comienza tratando la dimensión cronológica de la senectud y, en tres apartados sucesivos, desvela, en primer lugar, hasta qué punto el género condicionaba el ciclo vital. Regido por la política en el caso de los hombres y por la biología en el de las mujeres, la menopausia y los rasgos físicos propios de la vejez resultaban esenciales para diferenciar a una *matrona* de una *vetula*. Teniendo presente esta realidad, dedica buena parte del segundo apartado a establecer a partir de qué edad podía considerarse anciana a una mujer romana y, tras recoger las distintas opiniones de los autores antiguos al respecto, se decanta por considerar *vetulae* a todas las mujeres mayores de 50 años. Por último, en el apartado «El peso demográfico de la vejez en Roma», indica que, al no poder establecerse cuál era la composición

poblacional romana, resulta imposible saber si vivían más los hombres o las mujeres, lo que previsiblemente variaría dependiendo de las épocas.

Pasa de ocuparse de los aspectos cronológicos de la vejez, a centrarse en su dimensión física y, en el siguiente capítulo, que titula «El cuerpo de las *vetulae*» (pp. 85-129), y que también divide en tres apartados, primero aborda la menopausia como característica definitoria del ciclo vital, un cambio fisiológico que no fue, en sí mismo, objeto de estudio en los tratados de medicina antigua. En ellos, sólo se aludía a sus consecuencias, es decir, a las afecciones que se vinculaban a la falta del ciclo menstrual, entre las que se incluía histeria, apnea, dolores abdominales, desfallecimientos, sofocos, hemorragias y sequedad corporal. A estos padecimientos, propios de las mujeres, se suman las patologías que compartían tanto *senes* como *vetulae*, de las que la autora se ocupa en el siguiente apartado. La debilidad era la característica que más se asociaba con la senectud en la Antigüedad, tanto la mental, que agravaba el mal carácter, y ya llevó a identificar la vejez con una segunda infancia, como la física, que podía ocasionar temblores, dificultades en el movimiento, merma de la altura, incremento del riesgo de fracturas y pérdida de piezas dentales, un rasgo, este último, que, por culpa de los embarazos y de una dieta femenina con menor aporte vitamínico, pudo afectar más a las mujeres que a los hombres. Ahora bien, Sara Casamayor Mancisidor no se limita a enumerar las patologías propias de las *vetulae*. También constata que la mayor vulnerabilidad de unos cuerpos ya decrépitos, incrementaba el riesgo y la posibilidad que tenían las

mujeres de sufrir todo tipo de abusos. Así mismo, explora cómo variaba el grado y el modo en que trataban de paliarse las afecciones de la edad, dependiendo del grupo social al que se perteneciese. En el apartado que cierra este capítulo, muestra cómo se representaba a las *vetulae* en el arte y en la literatura. Comienza por las manifestaciones artísticas y descubre qué rasgos se resaltaban para caracterizar a las ancianas: arrugas, delgadez, ausencia de dientes y flacidez en la piel. Estos signos externos de la vejez femenina aparecían tanto en las esculturas funerarias, que destacaban la *gravitas* de la representada y, al mostrarse en la *domus*, ayudaban a conservar la memoria familiar, como en aquellas otras obras, máscaras teatrales o piezas en forma de botella con la imagen de la *anus* ebria, en las que unas *vetulae*, que adquirirían carácter grotesco, reflejaban la repulsión que causaban sus cuerpos envejecidas y la marginalidad en que muchas de ellas transcurrían sus días. Centrándose, a continuación, en las fuentes literarias, la autora demuestra que el mismo tipo de repugnancia, aún mayor si cabe, mostraban los escritores antiguos cuando caracterizaban a las ancianas. Para hacerlo, no sólo aludían a los rasgos con los que eran representadas, sino que añadían una larga serie de atributos físicos, que también les resultaban desagradables, entre los que descollaban las canas y la calvicie, la abundancia de vello corporal, las jorobas y espaldas curvadas o el mal olor, comparable al de los cadáveres, que anunciaba la proximidad de la muerte. No sorprende, en consecuencia, que aconsejaran a las ancianas disimular los efectos físicos del envejecimiento con todo tipo

de rituales estéticos. Sus descarnadas descripciones de las *vetulae* llegaban al culmen con la animalización, recurso que los autores antiguos utilizaban para subrayar la marginalidad, la escasa moralidad y el nulo atractivo sexual de las mujeres de edad avanzada.

Con el título «Familia, economía y estereotipos. La *vetula* en la sociedad romana» (pp. 131-254) se inicia el capítulo más extenso de toda la obra, en el que se aborda la dimensión social de la vejez femenina. Dividido en 4 apartados, la autora se adentra, en el primero de ellos, «Roles familiares de la *vetula*», en el universo de las relaciones interpersonales. Comienza analizando el papel que, como esposas, madres, abuelas, tías y denostadas madrastras o suegras, desempeñaron las ancianas en los círculos familiares. Después se centra en las *vetulae* que permanecieron solteras, vestales incluidas, y en las viudas y divorciadas, que, en el caso de ser ricas, solían atraer a los *captatores*, personas interesadas, que se acercaban a ellas con el objetivo de obtener beneficios. También se preocupa por desvelar el tipo de relaciones que surgían entre patronas, libertas y esclavas, siendo habitual que estas últimas, en la vejez, se encargaran del cuidado de los más pequeños y de las jóvenes del hogar en el que vivían. Concluye el apartado aproximándose a la cotidianidad de las mujeres en su senectud, una etapa de la vida concebida idealmente como tiempo de retiro y descanso, que la *pietas*, la obligatoriedad de cuidar y respetar a los mayores, tenía que garantizar. Ese reposo, sin embargo, no siempre era posible y, en un breve apartado, titulado «La agencia económica de las *vetulae*», Sara Casamayor Mancisidor pasa revista a los oficios

y actividades que las ancianas de los distintos grupos sociales aún seguían realizando, a pesar de la edad. En el tercer apartado de este capítulo, el más voluminoso, se presentan los diferentes estereotipos sobre las *vetulae* que se pueden individualizar en la literatura y en el arte. La autora va desggranando los prototipos predominantes, en su mayoría negativos, que caracterizaban a las ancianas como seres peligrosos y profundamente desagradables. Nos muestra el tópico de la *vetula*, que, aunque ya decrepita, seguía experimentando un insaciable, y particularmente repulsivo, deseo sexual, el de la vieja borracha, cuya adicción a la bebida incrementaba su marginalidad social, el de la bruja, experta en prácticas mágicas, que suscitaba temor, y el de la *lena*, con frecuencia una antigua prostituta, carente de escrúpulos, que, en la vejez, aportaba su experiencia a las jóvenes ramerías que supervisaba, en detrimento de los hombres que las frecuentaban. A esta galería de retratos deleznable, sucede la presentación de los estereotipos positivos. En ellos, sabiduría y bondad son las cualidades más estimadas en las ancianas romanas, pero el encomio no es categórico. Aunque eran valoradas como narradoras de historias, la intelectualidad masculina despreciaba el conocimiento que transmitían con sus *aniles fabulae*, sus «cuentos de viejas», por vincularlo a seres inferiores, mujeres y niños fundamentalmente, y por considerarlo demasiado popular e incluso pernicioso para el poder patriarcal. La misma doblez se detecta en el prototipo de *vetula* bondadosa y apreciada consejera, porque el saber que le otorga la experiencia puede servir para orientar, sobre todo a las jóvenes, pero

también para engañar, en particular a los hombres. La percepción colectiva de la vejez femenina pudo surtir efecto, y como afirma Sara Casamayor Mancisidor en el apartado «Estereotipos creadores de una identidad común», con el que cierra su estudio de los prototipos de *vetulae*, «la propia anciana pudo interiorizar y asumir cada vez más y más rasgos estereotipados, hasta convertirse en lo que se esperaba de ella» (p. 250).

La autora concluye su investigación con un breve capítulo, titulado «Las emociones de la ancianidad» (pp. 255-261), en el que trata de desvelar cómo se sintieron sus protagonistas durante la última etapa de sus vidas. Reconoce, no obstante, que la ausencia, casi absoluta, de testimonios en los que las propias *vetulae* expresen sus sentimientos, obliga a moverse en el terreno de las conjeturas.

El libro se cierra con las acostumbradas y pertinentes conclusiones, que quizá resultan algo reiterativas. El motivo es que el loable afán de la autora por lograr la claridad expositiva, le induce a anunciar los temas que va a tratar al inicio de cada sección y a incorporar, con frecuencia, conclusiones parciales, a modo de recapitulaciones, cuyos datos son los que, de nuevo, se reúnen en este apartado final. Un anexo con tres tablas, concernientes a las divisiones del ciclo vital, a las afecciones vinculadas a la menopausia y a las patologías propias de la vejez en Roma, preceden a los listados de *corpora* y de ediciones de

obras de autores que, aunque se definan como clásicos, incluyen también a escritores tardoantiguos. Un amplio elenco de referencias bibliográficas y la enumeración de recursos electrónicos relacionados con el tema tratado, incrementan el valor del trabajo realizado.

Sara Casamayor Mancisidor, en su primera monografía, elaborada a partir de su Tesis doctoral, no solo nos acerca a la existencia de las *vetulae* en la antigua Roma, sino que consigue, con su prosa, cálida y ágil, que imaginemos el miedo a envejecer que muchas romanas debieron sentir al vivir en un mundo en el que los cuerpos de las ancianas resultaban repulsivos y suscitaban todo tipo de burlas, en el que no era fácil aminorar los dolores y las discapacidades propias de la senectud y en el que, con el pasar de los años, se incrementaba la marginación social a la que toda mujer estaba sometida. Los temores de esas romanas no debieron de ser muy distintos de los que la vejez suscita en la actualidad, porque la senectud, ayer, hoy y siempre, estará indisolublemente unida a la enfermedad y a la muerte. Sentimos cierta desazón a medida que recorremos las páginas de un libro que nos hace reflexionar sobre nuestra propia vejez, presente o futura, pero, aun así, merece la pena que se lea este original e interesante estudio.

Rosario Valverde Castro
Universidad de Salamanca
charoval@usal.es